

se creería ver agitarse allí larvas y criarse hongos. Por donde quiera que se mire esta vivienda, no se ve más que miseria. El olfato (¡singular efecto de la ilusión!) el olfato se siente afectado por mohos ó vahos pútridos y sufre uno en verdad. Y no sé qué tristeza, madre de la apatía, de los desalientos y de los suicidios, se desprende de las paredes, oprime el corazón y deprime la moral.

Y nada viene á ahuyentar estas sombrías impresiones: la angosta ventana ni deja penetrar bastante luz ni bastante sol para confortar el alma. Esta casa es positivamente la casa mortífera.

La otra casa ¡extraño contraste! es clara, limpia, alegre, cómoda: tan pobre como la otra y sin embargo no es miserable. Aquí estaba, en efecto, el problema que resolver. No podía tratarse de oponer una casa lujosa á una casa pobre, sino poner frente á frente, comparar dos tipos de construcción semejantes y demostrar que con cuidado, aseo y medios poco costosos, la casa mortífera podía llegar á ser salubre.

La demostración se ha hecho ahora y esperamos que esta lección de cosas no sea perdida. Todo el mundo comprenderá ahora que no hay que confiar el cuidado de asear la casa á las arañas y á los criptógamos.

Para resumir de una manera sensible y conmovedora la obra municipal cuyas grandes líneas acabamos de indicar, hubiéramos querido encontrar en los pabellones de la ciudad, al lado de las dos casas mencionadas, dos imágenes representando el hijo de París, tal como era en 1830, y tal como es actualmente.

Hemos venido demasiado tarde á este siglo para haber conocido el primero; pero bien que parte de las mejoras que se acaban de enumerar se hubieran ya realizado cuando estuvimos en aptitud de observar, recordamos la dolorosa impresión que nos causaba encontrar en la calle, á la hora de cerrar las fábricas, á pobres niños de ojos grandes y vivos, de mejillas hundidas y de tez demasiado pálida. Toda nuestra piedad infantil se iba hacia aquellos niños menos felices que nosotros, hacia aquellas existencias demasiado frágiles para soportar el peso de la vida. En aquella época los niños de París se reconocían entre todos los niños de Francia por su extremada palidez.

Y ahora nos sucede encontrar entre los pequeños obreros de diez años, seres ya robustos y bien formados, no gordiflones y colorados como los de nuestras aldeas, sino sanos, fuertes, granados. Hay sangre en sus venas: esto se lee en sus semblantes.

Comparando el presente con el pasado admiramos ahora, como es justo admirar, la obra renovadora de la administración municipal, que combinada con la acción legislativa, ha logrado transformar en el espacio de sesenta años el niño pálido en niño sonrosado. ¿Qué haremos de este niño sonrosado?

Aquí llegamos á la segunda serie de las preocupaciones que nos parecen surgir del examen de los objetos expuestos en los Pabellones de la ciudad.

La ciudad y la ley toman al niño y quieren hacer de él un hombre. Se le ha dado ya aire y agua; es menester darle ahora el libro y la herramienta que le proporcionarán el pan.

He aquí pues muchos modelos de escuelas, desde la escuela de enseñanza primaria, cuyo material adecuado á la estatura del niño han estudiado minuciosamente higienistas competentes, hasta las escuelas profesionales, como esa maravillosa escuela Diderot, donde el trabajo del taller se combina con la instrucción teórica. No nos proponemos mencionar todos los establecimientos de enseñanza que la ciudad ha creado y sostiene. Sólo M. Cariot, que dirige este gran servicio, podría hacerlo con la competencia requerida. Pero nos bastará hacer constar los excelentes resultados prácticos de una enseñanza,

que da amplia participación al trabajo manual y al dibujo. Los objetos expuestos denotan en los niños de uno y otro sexo aptitudes notables para todo lo que, de cerca ó de lejos, atañe al arte. En París, el arte es una cualidad característica y una necesidad del espíritu.

Un poco se le ha perdido de vista, hay que confesarlo, continuando como se ha hecho la renovación de París. La importancia del fin utilitario á que se marchaba no justificaba de ninguna manera este olvido, y la arquitectura monótona, hija de las expropiaciones precipitadas, de la especulación sobre los solares y de los estrechos reglamentos municipales, recordará mucho tiempo la falta cometida. Parece que se ha echado ya de ver, porque entre los documentos expuestos, hay algunos de los cuales se desprende cierto pesar. Para ventilarse, ha destruído París buena parte de su historia, la que refieren las viejas paredes, las torretas salientes al ángulo de las casas

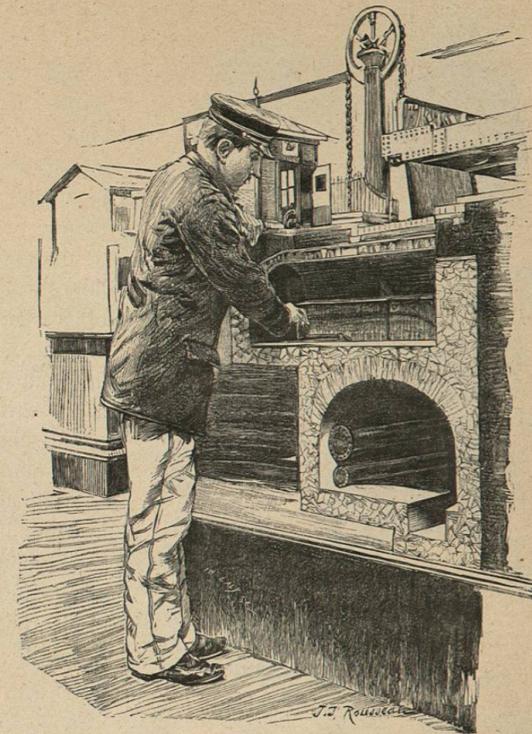
y otros caracteres de antigüedad. La inflexibilidad de la línea recta tiene estas ferocidades.

Ahora buscan vestigios del pasado, de lo que ha desaparecido y se reconstituye. Dos vistas enormes nos representan los señoríos de Clichy y de Monceau, con el lugarejo Delorme como estaban en 1789 y como están en 1889. Documentos análogos emanan del servicio histórico y revelan activas y serias investigaciones. El cuartel de la Bastilla, hoy y hace cien años, vuelve á este orden de estudios y de evocación.

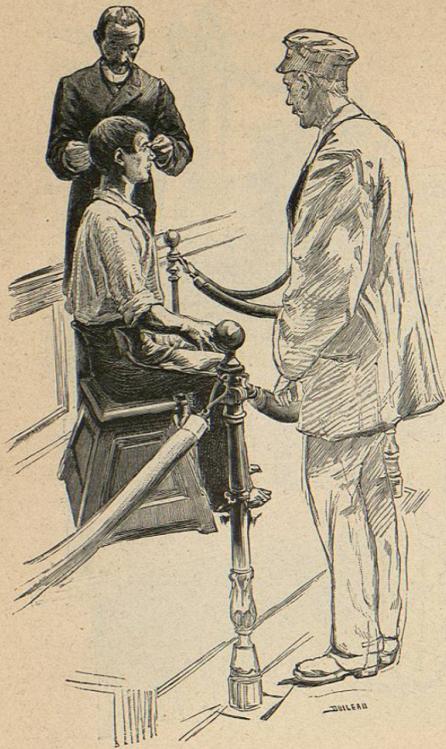
Pero ¿no es también un síntoma interesante, en elogio de la municipalidad, haber procurado, reconstruyendo el *Hotel de Ville*, reconstituir en lo posible el que destruyeron el incendio y la insurrección? ¿Qué deshonor no hubiera sido para París la erección de un palacio enteramente nuevo en una plaza tan llena de recuerdos históricos!

En fin, todavía se derriba; pero antes de poner la piqueta en una pared interesante, se instala delante un fotógrafo y un pintor. Las fotografías caen en el dominio común; los lienzos quedan de propiedad del municipio. El París que viene quiere á lo menos conservar la imagen del París que se va. De aquí esa serie interesantísima de cuadros ejecutados por M. Lansyer en *Saint-Julien-le-Pauvre*, calle de Galande, en las ruinas recientes de la Ópera Cómica y en las ruinas floridas del Tribunal de Cuentas y del Consejo de Estado.

No aplaudiríamos nunca bastante esta medida. Ciertamente es esencial ser de su tiempo, marchar con el progreso, ir adelante indefinidamente, pero es necesario también no renegar de la obra de los predecesores, antes bien gloriarse de ellos. El presente es



El puente levadizo



Servicio antropométrico

el vértice de una pirámide, cuya base es el pasado. A menudo mirando detrás de nosotros, comprendemos mejor las cosas de hoy. Si queremos en esta ciudad de arte por excelencia, encontrar la huella de nuestro arte nacional, del arte francés desviado de su dirección por el renacimiento italiano, sólo el estudio de los siglos pasados nos permitirá hacerlo.

Pasando así rápidamente revista á los Pabellones de la ciudad de París, hemos descuidado objetos bien interesantes. Hubiéramos podido enlazar con las preocupaciones materiales útiles la organización tan perfeccionada de los socorros á los heridos, el nuevo herramientaje de los zapadores bomberos y aun el servicio antropométrico, que tiende á prevenir el crimen detallando al criminal de tal manera que toda reincidencia lo expondrá al máximo de la penalidad.

Hubiéramos debido detenernos ante el gran proyecto de reconstrucción de la Sorbona y ante el plano de la Escuela de Medicina; pero nuestro propósito no era decirlo todo. Sólo hemos querido despejar las ideas que dirigen la administración de la ciudad en su doble labor material y moral.

Terminaremos nuestra revista saludando las estatuas que forman al rededor de la Exposición parisiense una guardia de honor, guardia de piedra que parece dominar desde lo alto de su caballo el Porta-farol de Frémiet. Arqueros, gendarmes, alabarderos, oficiales municipales de los siglos XIV al XVII, gallardamente esculpidos por Carles, Cordonnier, Morice, Guilbert, Chaplain, Captier, Coutan y Aizelin; el *Galo*, de Massoulle; el *Barco de salvamento*, de Mombur; la *Ciencia*, de Blanchard; el *Arte*, de Marqueste, encuadran uno de los Pabellones. La ciudad, rica en estatuas, se adorna con ellas.

Hubiera podido exponer también numerosas obras pintadas; pero se ha contentado con reunir algunos lienzos decorativos, ejecutados para sus alcaldías y que todavía no se habian colgado en los tableros á que están destinados.

De este número son los siguientes:

El *Otoño* y el *Estío* de M. A. Seon;

El *Casamento*, por M. Glaise;

La *Defensa de París en 1814*, por M. Schommer;

Y dos obras más cuya composición y ejecución nos encantan particularmente: el *Abrevadero* y el *Lavadero*, de M. P. A. Baudoin.

SAINT-JUIRS.



En el Campo de Marte. Fin de la función